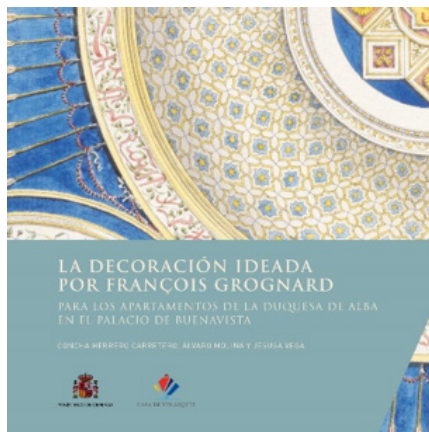


Concha HERRERO CARRETERO, Álvaro MOLINA y Jesusa VEGA, *La decoración ideada por François Gognard para los apartamentos de la duquesa de Alba en el Palacio de Buenavista*. Madrid, Casa de Velázquez / Ministerio de Defensa, 2020, 470 págs. + 55 ilustraciones.

Este nuevo volumen de la *Collection de la Casa de Velázquez* vuelve al estudio de las relaciones entre España y Francia en el siglo XVIII, en este caso a través de un raro vestigio del diseño de interiores de las residencias nobiliarias españolas: el proyecto de François Gognard para la decoración de los apartamentos de verano de la duquesa de Alba en el Palacio de Buenavista en Madrid. El volumen corre a cargo de tres reconocidos investigadores, quienes, de forma coordinada y manejando fuentes documentales y



visuales con destreza, abordan el proyecto de forma integral, dedicándole tres extensos trabajos que reconstruyen la trayectoria de Gognard y los textos y contextos de su proyecto decorativo, y sitúan este diseño de interiores en el marco de la evolución del gusto y la cultura de finales del setecientos.

Concha Herrero Carretero («El escritor y el filántropo François Gognard en contexto», págs. 11-68) analiza formación, periplo y redes de Gognard (1748-1823), decorador y representante de la afamada manufactura sedera lionesa de Camille Pernon, que trabajó en Polonia y Rusia, y luego en España durante un lustro: desde 1787 hasta 1793, cuando la *Provisión para el extrañamiento de los franceses no residentes en estos reinos*, aprobada con motivo de la Guerra de la Convención contra la Francia revolucionaria, implicó su expulsión del territorio nacional y la frustración del proyecto. En «Un sueño y doce cartas: el *Viaje* de Gognard al palacio de Buenavista» (págs. 69-122) Álvaro Molina contextualiza la construcción del palacio y el diseño del proyecto decorativo en el dinámico Madrid de finales de los años ochenta y principios de los noventa, en que se edifican y reforman residencias conforme al gusto neoclásico y los duques de Alba levantan un impactante pabellón para celebrar la proclamación de Carlos IV; y analiza los dos textos con que Gognard acompañó el proyecto con vistas a persuadir a la duquesa de Alba de que le confiara su ejecución: un sueño y un viaje pintoresco en forma epistolar que se suman a las acuarelas y son buena muestra

de cómo la literatura se pone al servicio de los más variados fines en la era de la Ilustración. Por último, Álvaro Molina y Jesusa Vega en «De colgaduras antiguas y modernas. Nuevos gustos y artistas para el fin del siglo ilustrado» (págs. 123-199) reconstruyen a partir del *Diario de Madrid* y la *Gaceta de Madrid* las tendencias del gusto de la decoración de interiores, dando testimonio —una vez más— de la riqueza y versatilidad de la prensa como fuente de estudio del siglo XVIII. A los testimonios dispersos que se hacían eco de unas modas que obligaban a mudanzas decorativas — G. M. de Jovellanos afirmaba que «pinturas, estatuas, vasos y otras preciosidades que antes adornaban los grandes edificios iban saliendo de ellos poco a poco, y en su lugar entraban las telas, el oro, los cristales y otros adornos, sustituidos por la moda y el capricho»—, se suman aquí los anuncios en prensa, que permiten rastrear los indicios de la actividad laboral, pautas de consumo y demanda, tendencias o costes, e incluso sus circunstancias en función del contexto: la *Gaceta* anuncia el 29/4/1809 que en la Real Fábrica de Papeles Pintados «se continúa trabajando a pesar de la situación de guerra».

Estas 200 páginas introductorias, de amena lectura y profusa y acertadamente ilustradas, constituyen en sí mismas una monografía de investigación que permite al lector comprender el peculiar proyecto decorativo de Grognard que a continuación se edita, y que presenta la particularidad de materializarse en imágenes y a la par en dos textos literarios de 1790 publicados en 1790 y 1792: *À Son Excellence Madame la duchesse d'Albe. Songe à réaliser dans la décoration de son palais* y *Extrait d'un Voyage Pittoresque en Espagne, en 1788, 1789 et 1790. Description d'une partie des appartements du palais de Son Excellence, Monsieur le duc d'Albe, à Madrid*. A la edición de ambos textos en traducción de Greta C. Vega, suma el volumen la del propio epistolario comercial de Grognard (74 cartas datadas en 1787-1801) conservado en la *Bibliothèque municipale* de Lyon (págs. 251-395), los preceptivos bibliografía e índice onomástico, diversos apéndices y un glosario histórico de términos textiles (págs. 397-428), útil y esencial por tratarse de un vocabulario técnico y sometido a evolución semántica durante doscientos años, y modélico en cuanto a metodología, por servirse de los diccionarios coetáneos, como el de la RAE de 1787 o la *Encyclopédie méthodique*.

Además, la obra se puede consultar en [libre acceso](#), por lo que todo invita en este volumen, riguroso, interdisciplinar, ameno y exquisitamente editado, a acompañar a Grognard y a la duquesa en este fascinante recorrido narrativo y visual por el apartamento de verano de la residencia nobiliaria de la duquesa de Alba, que también es espejo de la historia del arte según la concebía la Ilustración y reflejo de los parámetros del gusto en la España de finales del siglo XVIII.

Consciente de que la duquesa apreciaría su esfuerzo, en lugar de ofrecer una mera sucesión de acuarelas de las salas, Grognard dota a la serie decorativa de

sentido cultural y lo verbaliza, articulando textos e imágenes en un dispositivo que refuerza su presentación: en el *sueño* Grogard le describe la todavía imaginaria visita a los apartamentos de respeto en la planta noble del edificio, y a continuación en el *viaje* muestra el proyecto concebido para decorar los apartamentos de la planta baja. Transitamos así desde lo público a lo privado: la escalera y las antecámaras de los criados y de los pajes dan paso a una sala de espera y salón compuesto «por dieciséis pórticos de un orden simple», y de este llegamos al gabinete y al dormitorio, marcado por «un tono general de noble elegancia y decente voluptuosidad», para finalmente llegar a las zonas más privadas: diván a la francesa para recibir, gabinete «para desnudarse» y estudio. La vecindad del tocador y la biblioteca, «de lo frívolo con lo serio, me pareció en un primer momento sorprendente; pero me tranquilicé, pensando que las gracias no están nunca desplazadas en casa de Minerva»; a los cuerpos de la biblioteca se suman el canapé y escritorio, sillones «de madera de caoba, de un gusto sencillo, pero de un esmerado trabajo», y una «colección de estampas inglesas, iluminadas y en negro, enmarcadas con tanto gusto como pulcritud». Ya en el apartamento del duque, pasamos del dormitorio de parada, amueblado «con esa elegante sencillez que, sin lujo, siempre gusta», al gabinete de escribir y una sala de estar.

Desdeñados en su tiempo, los textos de Grogard aúnan entidad documental y corrección literaria, por ser testimonio de usos y gustos y por expresarlos conforme a la estética literaria contemporánea más acorde a su proyecto. Así, se reseña que el diván está «destinado a servir el almuerzo y los refrescos, a recibir las visitas de la mañana y a dar audiencia a sus amigos de confianza, a entregarse libremente a las más dulces ensoñaciones y distracciones y, en fin, a abandonarse deliciosamente a las dulzuras de Morfeo, y a los goces del Amor»; y consecuentemente en él todo invita al descanso y al placer conforme a los parámetros sensualistas de la estética rococó: «No me sorprendí, por lo tanto, en absoluto al ver reunidos en esta pieza los muebles asiáticos más voluptuosos con las decoraciones europeas más galantes. Un raso con fondo de color albaricoque claro sirve de tapicería; este fondo está realzado por un diseño a la moda de follajes ligeros, al gusto de las telas persas. [...] Grupos galantes, temas alegres, basados en la mitología y ejecutados en porcelana de Sèvres, adornados de guirnaldas de flores y lazos de amor, determinan el carácter de esta pieza. El sofá es el mueble principal. Es el lecho de rosas en el cual Venus, delicadamente tendida, descansa bajo la guardia de los amorcillos. Un poco elevado por encima del pavimento, su forma voluptuosa, su colchón, cuya blandura puede prácticamente sentirse con los ojos, está recubierto por un gran tapete de raso listado en lila y blanco, guarnecido de flecos, bellotas [pasamanería] y cordones de delicado trabajo y, por último, guarnecido de almohadas y cojines de plumón; todo invita a

descansar. Este trono del placer está coronado por una amplia pañería pintorescamente recogida, y que, bajándose formando un pabellón, puede cubrirlo por completo y servir de velo al misterio, o al sueño».

Siguen las *Cartas de François Gognard*, que conjugan elementos axiales de la cultura ilustrada, como la propia estructura epistolar, la exaltación de la amistad o el gusto por lo sublime: «¡Oh Vos, Amigo mío, a quien le gusta todo lo que es grande, todo lo que caracteriza el genio poderoso del hombre, y todo lo que recuerda las creaciones sublimes de la naturaleza; que no estés a mi lado, para compartir mi admiración!»; y que comienzan con una decidida defensa de la cultura española: «España jamás os ha parecido propicia para producir este entusiasmo. Es un error que debéis, al igual que todos los demás, a la ignorancia en la que generalmente nos encontramos sobre el contexto interno de este país».

Paralelamente al *soñado* recorrido, el lector de las cartas visita la sala del café, el comedor, la sala de espera, el salón, el gabinete de respeto y el dormitorio, y avanza hacia la intimidad en el gabinete de reposo («Feliz esposo que merece el derecho / de penetrar en tal santuario»), el gabinete para desnudarse, el tocador y los baños; al tiempo, las escenas articuladas en torno al relato de la evolución del arte nos conducen desde la arquitectura primitiva a los orígenes de la civilización en las salas de Egipto, Grecia y Roma y a las orientales «formas fantásticas y caprichosas» en las salas dedicadas a Persia, Japón y China. Esto porque, como el propio Gognard explica, «mi plan general [...] es hacer participar para la decoración de cada pieza todo lo más raro y galante que nos ha ofrecido hasta el día la arquitectura y el gusto de los Egipcios, los Griegos, los Romanos, los Etruscos, los Árabes, los Godos, los Chinos, y las otras naciones».

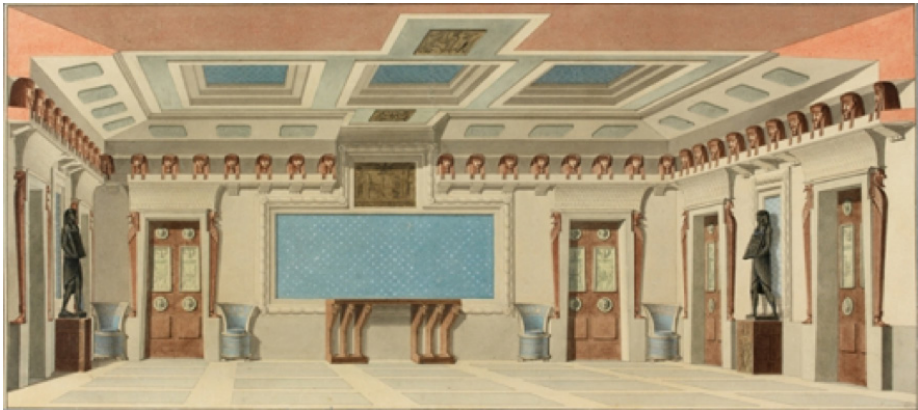


FIG. 46. François Gognard, *Vista de la sala de espera*, 1790-1792, Musée des Tissus et des Arts décoratifs de Lyon, Inv. RF 41616. Foto: Sylvain Pretto. © Musée des Tissus et des Arts décoratifs, Lyon.

En sus mejores momentos, la literaturizada descripción decorativa se convierte en feliz éfrasis que es espejo de la acuarela, y texto e imagen en formidable testimonio del maridaje estético de ambas artes y de la cultura ilustrada. Así, la amplia sala de espera egipcia, donde «el arte empieza a desplegar su poder [...] ofrece muros de granito verde y rosa, y su cielo raso está cubierto en varios sitios de jeroglíficos. Cabezas de Isis, de pórfito, colocadas entre dos frisos salientes, sostenidas por modillones, forman la cornisa que, interrumpida al fondo así como delante de las ventanas, es remplazada por un bajo relieve en pórfito alegórico del culto de Osiris»; ante la extraña visión el visitante experimenta lo sublime histórico: percibe que «se une el tiempo actual a todos los siglos pasados» y siente una «mezcla de temor y éxtasis».

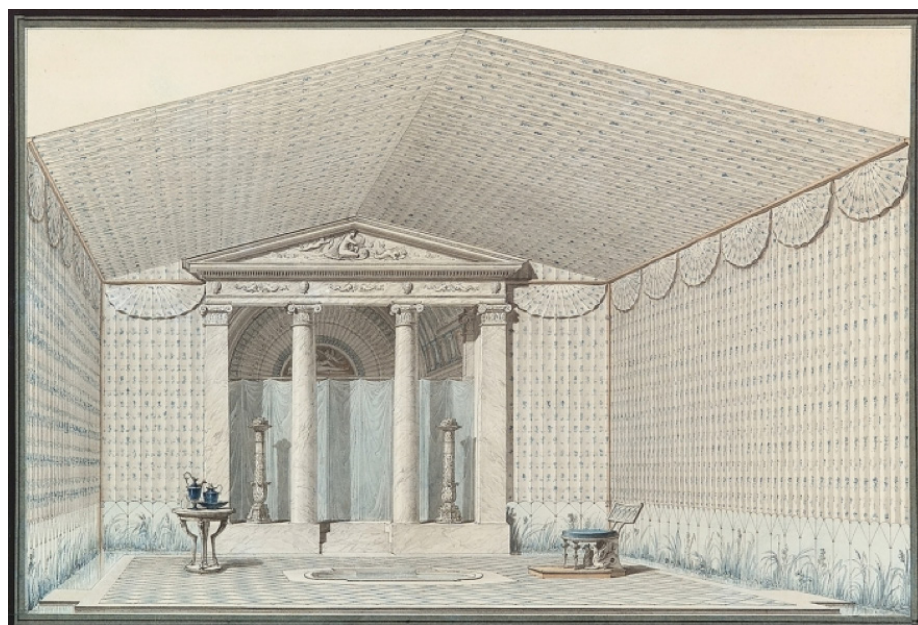


FIG. 54. François Gognard, *Vista de la sala de baños*, 1790-1792, Musée des Tissus et des Arts décoratifs de Lyon, Inv. RF 41613. Foto: Sylvain Pretto. © Musée des Tissus et des Arts décoratifs, Lyon.

Sucede también en el hedonista gabinete de los baños, que «tiene la forma de un pequeño templo de orden Jónico, consagrado a la Venus anadiomena. Está construido en medio de las aguas. Un preciado velo, sembrado de rosas y barbos, está extendido en el atrio que lo rodea, y donde la bañera de la Diosa está colocada. La inscripción, trazada sobre el friso del templo, manifiesta su destino. En

letras de oro se leen estas palabras: “La encantadora Venus, saliendo del seno de las olas / disfruta del reposo en estos lugares; / y este velo, obra de los Dioses, / preserva vuestro corazón, de las heridas profundas, que le harían sus ojos”. Un asiento antiguo sobre una tarima, y una mesa del mismo estilo, situados cerca de la bañera, son los únicos muebles que decoran el interior de este encantador edificio. [...] La bañera, de mármol blanco, situada en el medio, está totalmente hundida. Se descende por unos escalones situados en el lado del templo. Una gasa verde cierra la entrada de este edificio, y bajo su pórtico se encuentran unos candelabros destinados a quemar perfumes. Este santuario, adornado en su bóveda por las pinturas más delicadas, y tapizado de gasas que ocultan los espejos, encierra una concha de nácar, lecho de la Diosa. Sería fácil, amigo mío, a la vista de este pequeño templo, el descubrir los misterios que tienen lugar en su recinto».

ELENA DE LORENZO ÁLVAREZ